

BREVE HISTORIA de la...

UTOPIA

Rafael Herrera Guillén



Desde la *República* de Platón o la *Nueva Atlántida* de Bacon, hasta el Mayo del 68, la globalización y los «indignados». Todas las claves filosóficas y culturales de las principales ideas utópicas que han dado identidad a cada época histórica. La apasionante crónica de la constante búsqueda de «un mundo mejor»

Breve historia de la utopía

Breve historia de la utopía

Rafael Herrera Guillén



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la utopía

Autor: © Rafael Herrera Guillén

Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2013 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Reyes Muñoz de la Sierra

Imagen de portada: La escuela de Atenas, 1510-1511, de Rafael

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-521-3

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-522-0

ISBN edición digital: 978-84-9967-523-7

Fecha de edición: Septiembre 2013

Conversión digital: www.cuadratin.es

A mi hijo Rafael

Prólogo

Tabla de abreviaturas

1. Sueños míticos

En el principio era...

Esperanzas poéticas

Un mundo platónico

Primera utopía global

Cristianos y comunistas

2. Dios toma el mando

La Ciudad de Dios

La Ciudad de Cristo

3. El hombre comienza a despertar

Introducción

La isla de Utopía

La Nueva Atlántida

La Ciudad del Sol

Cristianópolis

4. La diosa razón

La República guaraní

El buen salvaje

5. Las utopías invaden el mundo

Introducción

Socialismo de Estado

Socialismo utópico

Sociocracia

Socialismo científico

Anarquismo

6. Pesadillas y esperanzas

Degradación de la utopía: totalitarismos

Mayo del 68

7. Un mundo indignado

El final de la historia: una utopía neoliberal

Movimiento antiglobalización

Movimiento 15-M: los Indignados

Bibliografía

Prólogo

Nada ni nadie puede garantizarnos que, cuando despertamos de una pesadilla, no estemos entrando en otra nueva. Por el contrario, lo que parece siempre evidente es que, cuando la realidad nos despabila de un sueño maravilloso, es siempre para adentrarnos en un mundo más triste y enojoso.

Ahora son muchos quienes dicen que, durante los últimos años, estuvimos viviendo en un sueño liberal que en realidad era una trampa que nos conducía directamente al infierno. A estas épocas complejas socialmente y depauperadas económicamente se las suele llamar crisis.

Antes de que las crisis sobrevengan, siempre hay síntomas; de hecho, los intelectuales más sagaces suelen advertir inútilmente de la realidad penosa que se avecina... Sin embargo, o no suelen ser escuchados, o suelen ser despreciados como los aguafiestas de la orgía de felicidad general.

El ruido de la felicidad es siempre más ensordecedor que el tronar de la realidad venidera. Los antiguos solían interpretar estas situaciones como castigos divinos por no seguir los mandamientos celestes. Hoy sucede algo parecido: sólo que ya no hay dioses a quienes culpar; es por eso por lo que se buscan culpables del mal propio entre quienes tienen responsabilidades de poder.

Es entonces cuando la gente se moviliza y exige a los poderes públicos que devuelvan el sueño perdido de la felicidad pasada, que devuelvan la adormidera social y económica, que la prosperidad caiga sobre los hombres como un maná beatífico. Pues los seres humanos siempre tienen derecho a un mundo mejor.

Alguien podrá discutir si siempre lo merecen; pero lo que me parece incuestionable es que una sociedad, cuando sale a las calles a exigir que se cumpla su deseo de prosperidad, no necesita un cúmulo de frías razones intempestivas. No obstante, puede resultar útil reflexionar sobre las ideas de un mundo mejor que nos antecieron. La suerte de los hombres es siempre una suerte compartida.

De esta situación nació la idea de este libro. Tras los llamados años de bonanza económica, España, y en general Europa, viven una situación social y económicamente crítica. El Viejo Continente es y ha sido siempre una potencia utópica incomparable. Casi se puede decir que la razón europea siempre incorporó dosis de utopismo que le dieron su forma característica.

Esta *Breve historia de la utopía* ofrece un viaje al lector por las ideas utópicas más importantes que se han producido a lo largo de los siglos, desde la Antigüedad griega y bíblica hasta la actualidad. Como veremos, hay una serie de ideas recurrentes que van apareciendo en todas las épocas pero con sus propias características en cada situación. Y, sobre todo, lo que siempre permanece en todo tiempo y lugar es el deseo de las personas de construir un mundo mejor.

Tanto en la mitología griega, como en la Edad Media o en la modernidad... hasta los movimientos cívicos actuales del 15-M u otros, los ciudadanos tienen en su capacidad de movilización la llave del futuro. Por tanto, que el tiempo venidero signifique la entrada en una nueva pesadilla o en un mundo mejor depende de azares incontrolables, bien es cierto, pero también de las acciones razonables que cada generación desarrolle en cada tiempo histórico.

Breve historia de la utopía pretende ser una pequeña aportación a esta época de crisis. Su espíritu radica en el deseo de colaborar a través de la filosofía en los procesos de mejora que desean la gran mayoría de los ciudadanos.

Este libro es un pequeño grano de arena que está dedicado a todos los hombres y mujeres sencillos que han visto cómo todos sus esfuerzos por sacar adelante a sus familias y a sí mismos se han visto defraudados por el presente y luchan por la regeneración de su propio mundo.

Tabla de abreviaturas

Con el fin de facilitar la lectura, se ha optado por referenciar mediante las siguientes abreviaturas las obras más citadas a lo largo del libro.

Aviso: FOURIER, Charles. *Aviso a los civilizados sobre la próxima metamorfosis social*.

Carta: SAINT-SIMON, Claude Henri. *Carta de un ciudadano de Ginebra a sus contemporáneos*.

CD: AGUSTÍN DE HIPONA, santo, *La Ciudad de Dios*.

Cr: ANDREAE, Johann Valentin. *Cristianópolis*.

CS: CAMPANELLA, Tommaso. *La ciudad del Sol*.

Discurso: COMTE, Auguste. *Discurso sobre el espíritu positivo*.

DyE: BAKUNIN, Mijaíl. *Dios y el Estado*.

ECC: FICHTE, Johann Gottlieb. *El Estado comercial cerrado*.

El Único: STIRNER, Max. *El único y su propiedad*.

Gotha: MARX, Karl. *Crítica del programa de Gotha*.

Manifiesto: MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista*.

Miseria: MARX, Karl. *Miseria de la filosofía*.

NA: BACON, Francis. *Nueva Atlántida*.

Org: SAINT-SIMON, Claude Henri. *El Organizador*.

Propiedad: PROUDHON, Pierre-Joseph. *¿Qué es la propiedad?*

PU-I: MANUEL, Frank E. y MANUEL, Fritzie P. *El pensamiento utópico en el mundo occidental. (Vol. 1). Antecedentes y nacimiento de la utopía I (hasta el siglo XVI)*.

PU-II: MANUEL, Frank E. y MANUEL, Fritzie P. *El pensamiento utópico en el mundo occidental. (Vol. 2). El auge de la utopía cristiana*.

PU-III: MANUEL, Frank E. y MANUEL, Fritzie P. *El pensamiento utópico en el mundo occidental. (Vol. 3). La utopía revolucionaria y el crepúsculo de las utopías (ss. XV - XX)*.

Rep: PLATÓN, República.

Rou: ROUSSEAU, Jean-Jacques. *Obras*.

T: HESÍODO. *Teogonía*.

TCM: FOURIER, Charles. *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*.

Teoría: FOURIER, Charles. *Teoría de la unidad universal, el nuevo mundo industrial y societario*.

Tr: HESÍODO. *Trabajos y días*.

U: MORO, Tomás. *Utopía*.

Zaj: ZAJÍCOVÁ, Lenka. «Algunos aspectos de las reducciones jesuíticas del Paraguay: la organización interna, las artes, las lenguas y la religión»

Sueños míticos

EN EL PRINCIPIO ERA...

En el libro del Génesis bíblico encontramos dos narraciones fundamentales para comprender la evolución de la idea de utopía a lo largo de la historia: la fábula del huerto del Edén y la historia del diluvio universal. Su importancia radica en el hecho de que, con las modificaciones propias de cada época, estos dos mitos bíblicos se han repetido como anhelos permanentes a lo largo de la historia del ser humano.

El deseo que late subterráneamente en la historia de Adán y Eva evoca la idea de la pérdida de un mundo perfecto en el pasado, donde habitaron una vez los seres humanos. En cuanto al anhelo que surca la historia de Noé y el arca, este consiste en la ilusión utópica según la cual, algún día, unos cuantos elegidos se salvarán de la destrucción de un mundo corrupto sobre cuyas cenizas brotará de nuevo el paraíso perdido.

Estas dos ideas forman parte de todo el esquema mental de la utopía. Son como prototipos que se van reinterpretando.

Ante un mundo corrupto, el pensamiento utópico surge sobre la idea de que los seres humanos pertenecen y merecen un mundo mejor que se perdió en el pasado remoto (el Edén paradisíaco). Esta ensoñación, entonces, hace que el

utopista se rebele contra el mundo presente corrupto y anhele destruirlo (diluvio) pero salvando solamente a unos elegidos virtuosos (Noé, sus hijos y la naturaleza). Estos serán quienes sobrevivan a la destrucción para refundar un mundo nuevo, justo y sin pecado.

Así pues, como vamos a ver a lo largo de las páginas que ahora comienzan, estas dos ideas bíblicas laten de uno u otro modo en el fondo de toda la historia de la utopía, y en el fondo de los deseos de cada ser humano.

El Edén, la pérdida del mundo perfecto

El mundo más perfecto con el que puede soñar un hombre sería aquel creado por el mismo Dios para el disfrute del ser humano. En la fábula del paraíso, la Biblia cuenta que Jehová «plantó un huerto en Edén» (Gn 2, 8) y colocó allí al hombre.

Según esta narración, el ser humano fue creado para disfrutar del huerto que Dios había plantado especialmente para él. Dios trabajó la tierra para que los hombres no tuvieran más que entrar en ella para disfrutarla. Ese huerto divino era feraz y agradable, y proporcionaba de modo espontáneo todo cuanto un ser humano podía precisar, sin necesidad de trabajar ni de ningún esfuerzo, sin sufrir enfermedades ni sufrimientos, pues la vida humana era eterna en el huerto que Dios cultivó para el hombre. Allí la felicidad humana no sólo era completa, sino eterna: «Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal» (Gn 2, 9).

La única condición para disfrutar de esta felicidad absoluta y de la eternidad, no obstante, era que el ser humano conservara su ingenuidad natural, manteniéndose alejado del árbol de la ciencia. Para esto, tenía que renunciar a conocer las nociones de bien y de mal, es decir, las ideas morales que regulan la existencia cuando esta no es perfecta. Pues una vida perfecta ejerce el bien de manera espontánea, como por instinto, sin tener la más mínima noción del mal.

Y esto fue justamente lo que perdieron Adán y Eva al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. El hombre natural, el hombre instintivamente en consonancia con la naturaleza y con Dios, al comer del fruto prohibido del conocimiento, se transformó en el hombre moral, es decir, en el ser humano que «conoce» en sentido profundo, que tiene noción del bien pero también del mal.

Para acceder a esta noción del bien y del mal, a esta sabiduría, Adán y Eva tuvieron que desobedecer a Dios, es decir, tuvieron que activar algo que ya estaba en su interior: la sed de conocimiento. Esta sed de conocimiento está ya en el interior del ser humano: en Eva, como pulsión pecaminosa hacia el saber. Esta voz interior está representada por la serpiente, que azuza la conciencia de Eva.

El hambre de conocimiento es una cualidad divina que está inscrita en el ser humano, pues este está hecho a imagen y semejanza de Dios. Por tanto, si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, prohibirle el conocimiento era tanto como obligarlo a renunciar a su peculiaridad más propia. En este sentido, la caída en el pecado y en la desobediencia era intrínsecamente inevitable. El límite que Dios imponía a Adán y Eva era incumplible. Así, la serpiente le dice a Eva:

[...] sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos, y entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales.

Gn 3, 5-7

Con la adquisición de la ciencia del bien y del mal, Adán y Eva pierden su ingenua naturalidad. Al abrir los ojos, se les aparece el mundo, y ellos mismos en él; comienzan a tener conciencia de sí, se miran a sí mismos y al otro; entienden que no pueden vivir desnudos, cual animales, es decir, sin autoconciencia. Pero, justo cuando comprenden esto es cuando la máquina del castigo se va a poner en marcha. Cuando el ser humano toma conciencia de su

desnudez ante la naturaleza, en ese mismo instante ya comienza a comprender que está condenado a construir, crear, tejer los días de su vida desnuda.



El precio por comer el fruto prohibido del conocimiento fue la expulsión del paraíso. El mito de Adán y Eva simboliza ese doloroso tránsito desde una vida feliz pero sin conocimiento, en el paraíso, a una vida desgraciada pero consciente sobre la tierra. Adán y Eva expulsados del Paraíso, de Massaccio.

El ser humano ganó la inteligencia y la libertad pero a costa de perder la felicidad eterna sobre la tierra: «A la mujer dijo: “Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces...”. Y al hombre dijo: “[...] Con el sudor de tu rostro comerás el pan...”» (Gn 3, 16-17.19).

Con esta condena, el ser humano perdió la dulzura de una vida ingenua, feliz y natural. Fue expulsado del paraíso con el fin de que no comiera del otro árbol prohibido, el de la eternidad. Así pues, al perder el paraíso, también perdió su derecho a la eternidad sobre la tierra, a cambio de disfrutar,

expulsado del Edén, de una inteligencia esforzada y de su libertad para construir la vida.

Y dijo Jehová: «He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre».

Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.

Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.

Gn 3, 22-24

No obstante, a Adán y Eva, al menos, todavía les fue permitido vivir en tierra de Dios, si bien fuera del paraíso. Es decir, en cierto modo, Adán y Eva, y sus hijos Caín y Abel, llevaban una vida dentro del reino terrenal de Dios que, aunque exigía el esfuerzo del trabajo, no era una vida en la que el mal tuviera lugar. Es decir, el mundo fuera del paraíso todavía no era el mundo del mal que, según el Génesis, se extendió sobre la tierra con el asesinato de Abel a manos de Caín, su hermano.

El mal entró en el mundo cuando Dios expulsó a Caín de su lado, por haber derramado la sangre del fratricidio. Fue entonces cuando sobre la tierra se fundó la primera ciudad. Caín, el padre de la culpa, fundó la primera ciudad: «Salió, pues, Caín de delante de Jehová [...], y edificó una ciudad» (Gn 4, 16-17).

Sobre este pasaje, hacia el siglo V, el pensador cristiano san Agustín escribió en la *Ciudad de Dios* este elocuente pasaje: «La primera ciudad, el primer Estado están fundados por un fratricida. Un fratricidio ha manchado también los orígenes de Roma, tan manchado que puede decirse que es una ley que ha de correr antes sangre, allí donde ha de alzarse un Estado».

Antes de los pecados de Adán, Eva y Caín, la inocencia y el Edén eran el entorno del hábitat humano. Después, el precio de la libertad y del conocimiento fue la pérdida de la inocencia, de la felicidad y de la eternidad, y la condena al trabajo y al sufrimiento y a un mundo regido por la lucha y la voluntad de poder.

Noé, la regeneración destructora del mundo

La raza de Caín, así pues, se extendió sobre la tierra. El mal se hizo dueño del mundo. El conocimiento de la ciencia del bien y del mal llevó a Caín a cometer el primer asesinato de la historia, derramando la sangre del hermano. Entonces Dios expulsó lejos de su seno a Caín. Este fundó la primera ciudad, lejos, muy lejos del paraíso. Aquella ciudad fue la primera de las ciudades en las que habitarían los seres humanos imperfectos. Sus leyes estarían regidas por la guerra, el mal, la avaricia, el poder, y todo cuanto era vivo sobre la tierra quedó subsumido bajo la culpa: «Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia» (Gn 6, 5.11).

Dios entonces se arrepiente de haber creado al hombre y decide destruir el mundo existente para crear un mundo nuevo más perfecto, habitado por los únicos justos que quedaban sobre la tierra. Así, avisa a Noé (el único hombre «justo» y «perfecto» sobre la tierra) para que construya un arca con la cual salvarse a sí mismo y a sus hijos del diluvio que va a enviar sobre la tierra para ahogar a toda la humanidad: «Dijo, pues, Dios a Noé: “He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra [...], un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá”» (Gn 6, 13.17).



Diluvio universal, de Miguel Ángel. Este mito bíblico narra la historia de la decisión de Dios de eliminar a los injustos para que sobre la tierra sólo habiten los puros, los hijos de Noé. El pensamiento utópico heredará esta idea de fundar una ciudad justa en la que queden excluidos todos los malvados.

Tras el diluvio, el mundo comenzaría de nuevo, extendiéndose la estirpe de Noé sobre la misma tierra que antes había sido emponzoñada por la raza de Caín. La nueva estirpe vendría a purificar el orbe después de la destrucción de la vida corrupta del presente.

Esta es la promesa de Dios a Noé: para que el mundo vuelva a ser un mundo justo y perfecto, sería necesario destruir a cada hombre, a cada mujer, a cada niño y a cada criatura viva en la tierra. Esta destrucción purificadora implicará la muerte de millones de personas, pero a cambio Dios prometía al justo Noé la salvación de su familia y el nacimiento de un mundo feliz en el futuro.

Pues bien, a lo largo de la historia, el pensamiento utópico va a repetir, *mutatis mutandis*, esta misma estructura mítica de la Biblia para movilizar las energías revolucionarias del presente en pos de un futuro mundo mejor y feliz. De hecho, el mito de la revolución consiste en la apelación a los considerados como justos a ejercer su derecho a destruir la corrupción actual del mundo para crear el mundo nuevo que ellos y los suyos tienen derecho a habitar. Esta idea de la regeneración del mundo a través de su destrucción previa se va a repetir en numerosas ocasiones. La historia de la utopía se puede sintetizar en

la permanente promesa de la recuperación en el futuro de un paraíso perdido en el pasado mediante la destrucción del mundo del presente.

ESPERANZAS POÉTICAS

También la mitología clásica desarrolló importantes historias en torno a un pasado remoto en el que los seres humanos vivieron en perfecta felicidad. Junto a las narraciones judías de la Biblia que acabamos de ver, la cultura griega completa los dos pilares fundamentales de la civilización de Occidente. En este sentido, estos dos primeros epígrafes del capítulo 1 acerca de la Biblia y la mitología griega constituyen las bases fundamentales del pensamiento utópico que se ha venido desarrollando a lo largo de los siglos hasta el presente.

Dentro del inabarcable y riquísimo legado mitológico que hemos recibido de Grecia, en este punto me voy a centrar en la figura de uno de sus principales poetas, Hesíodo.

Hesíodo, realidad y sueño

Aunque no nos han llegado datos ciertos sobre este poeta de la Antigüedad, la crítica suele considerar el último cuarto del siglo VIII a. C. como la fecha más probable en que fueron compuestas sus obras. Acerca de su biografía apenas sabemos más de lo que el mismo Hesíodo dice de sí mismo en sus principales libros: la *Teogonía* y *Trabajos y días*.



Hesíodo y la Musa, de Gustave Moreau. El poeta Hesíodo nos legó una obra en la que las tradiciones mitológicas son interpretadas en un sentido pragmático que permite comprender fábulas como la maldición de Prometeo en clave social y utópica.

Según estas fuentes, Hesíodo debió de ser un hombre de vida sencilla y rural pero acomodada. Fue campesino y pastor de ovejas en la región de Beocia. Nació en Ascra, una aldea cercana a Tebas y a Tespias, donde la vida cultural giraba en torno a certámenes poéticos en honor a las Musas, que atraían a numerosos poetas de diferentes lugares. Se cree que su padre, un comerciante de la región asiática de Cime, se estableció en Ascra huyendo de la pobreza y que pudo participar en alguna de las competiciones líricas de la comarca. Tras la muerte del progenitor, Hesíodo entró en litigios con su hermano Perses por la herencia paterna. En algunos de sus versos, el poeta lanza contra su hermano diversas invectivas, especialmente referidas a su falta de moral del trabajo, y le da consejos acerca de la prosperidad de la actividad agrícola y de la navegación comercial.

Así mi padre y también tuyo, gran necio Perses, solía embarcarse en naves necesitado del preciado sustento. Y un día llegó aquí tras un largo viaje por el ponto abandonando la eolia Cime en una negra nave. No huía del bienestar ni de la riqueza o la dicha, sino de la funesta pobreza que Zeus da

a los hombres. Se estableció cerca del Helicón en una mísera aldea, Ascra, mala en invierno, irresistible en verano y nunca buena.

Pero tú, ¡oh Perses!, recuerda todas las faenas de cada estación y en especial las concernientes a la navegación.

Tr, 634-644

Junto con la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, las obras de Hesíodo constituyen el gran aglutinador de las fuentes orales mitológico-religiosas. En la *Teogonía* desarrolló una narración ordenada de las diferentes historias míticas de la tradición helénica en torno al origen del cosmos y de los dioses. En *Trabajos y días* se centra más bien en las relaciones de la vida humana con los dioses, y sus consecuencias.

En nuestra historia sobre la idea de utopía, conviene centrarse en dos narraciones hesiódicas de *Trabajos y días*: el mito de Prometeo y Pandora y el mito de las edades del hombre.

Prometeo y la maldición del trabajo humano

Al igual que en la fábula de Adán y Eva, Hesíodo explica el origen del trabajo como una penosa maldición divina contra los seres humanos por haber robado a Zeus el misterio del conocimiento.

En cierto modo, el trabajo constituye el símbolo arquetípico de todos los males de la vida humana: el sufrimiento, la enfermedad, el hambre... Todos estos elementos del dolor vital se sintetizan en el trabajo como esfuerzo casi inútil por liberar al ser humano de una existencia amenazada por la carestía y el dolor.

El propio autor, al elaborar esta interpretación mítica del trabajo, en el fondo no hizo más que trasladar cercanas experiencias familiares, como se pone de manifiesto en el fragmento antes citado, según el cual su padre hubo de emigrar para huir de la miseria que Zeus envía como castigo a los hombres. Pues bien, Hesíodo explica el origen de esta maldición con el mito de Prometeo y Pandora.

Un motivo recurrente en la idea de utopía es la imaginación de un mundo en el que la obtención del sustento sea tan sencilla para el hombre como alzar su brazo hacia los frutos que, generosamente, le ofrece la tierra. Hesíodo otorga una importancia radical al trabajo. De hecho, en su obra, especialmente en *Trabajos y días*, la realidad del trabajo es elevada al nivel de categoría existencial y mitológica. La propia vida del poeta como campesino y pastor, así como su experiencia comercial, nos revelan a un hombre con un profundo sentido práctico de la existencia pero atravesado por todos los componentes poéticos y míticos de la época.

La primera idea que Hesíodo plantea en su versión del mito de Prometeo y Pandora es la distancia que hay entre la necesidad humana de alimento y su dificultad para lograrlo. Frente a los animales, a quienes les es suficiente tomar de la tierra cuanto necesitan, los seres humanos están condenados a elaborar esforzadamente su sustento en una lucha interminable con la naturaleza. Según el poeta, esta diferencia entre el hombre y la naturaleza estuvo determinada por un castigo divino: «Y es que oculto tienen los dioses el sustento a los hombres; pues de otro modo fácilmente trabajarías un solo día y tendrías para un año sin ocuparte en nada. Al punto podrías colocar el timón sobre el humo del hogar y cesarían las faenas de los bueyes y de los sufridos mulos» (*Tr*, 45).

Este fragmento es magnífico, por cuanto sintetiza en pocas líneas la distancia entre la realidad inmisericorde del duro trabajo y el deseo de un mundo ideal en el que un solo día bastaría para obtener todo lo necesario para un año. Si los dioses no ocultaran el sustento a los seres humanos, estos, usando su inteligencia, podrían dedicar tan sólo un día de trabajo al año, para después disfrutar de todos los bienes en el calor del hogar. Pero los dioses concedieron al ser humano la inteligencia para que usara de ella en una permanente lucha por el trabajo.

A diferencia del resto de animales, los seres tienen conocimiento. Igual que en la Biblia, el disfrute de una cualidad diferencial tan importante como la inteligencia implica una contrapartida en forma de castigo o sufrimiento: la expulsión del paraíso en la Biblia o la imposibilidad de construirlo mediante el conocimiento en *Trabajos y días*.

La noción de inteligencia está representada en el mito de Prometeo a través del símbolo del fuego. Este símbolo opera de dos maneras, pues fuego es el calor del hogar pero también la luz que ilumina al ser humano para superar las dificultades de la vida. Pues bien, Hesíodo considera que este fuego no puede permanecer mucho tiempo en el hogar, si el ser humano no hace uso incansablemente de ese otro fuego de la inteligencia para mantenerlo. Es por eso por lo que se lamenta de que no sea suficiente con usar el fuego de la inteligencia una sola jornada para mantener vivo el fuego del hogar todo el resto del año.



Prometeo representa al benefactor de los seres humanos. Él se apiadó del pobre estado de los hombres antes de recibir el don de la inteligencia, y por eso robó a Zeus el fuego del conocimiento, para dárselo a los hombres. Ello le acarreó terribles castigos a él y a la humanidad.

Prometeo, de Rubens.

Hesíodo explica la causa de esta evidencia vital mediante la fábula de Zeus y Prometeo. Según el poeta, Zeus escondió el fuego. Sin embargo, Prometeo, el benefactor de la humanidad, conmovido por las devastadoras consecuencias que tendría para los seres humanos este ocultamiento, robó astutamente el fuego al padre de los dioses y se lo entregó a los hombres.